



Había una vez un pozo muy profundo con una cuerda muy larga. Los rayos del sol nunca llegaban a reflejarse en el agua; pero hasta donde llegaba el sol, crecían plantas verdes entre las piedras. En el fondo vivía una familia de sapos. Las verdes ranas, establecidas en el lugar desde mucho antes, llamaron a los nuevos residentes los «huéspedes del pozo». Estos llevaban el firme propósito de quedarse, vivían muy a gusto en el seco, como llamaban a las piedras húmedas.

Madre sapo había efectuado un viaje; una vez estuvo en el cubo cuando lo subían, y llegó hasta muy cerca del borde, pero el exceso de luz la cegó, y suerte que pudo saltar del balde. No pudo contar muchas cosas del mundo de allá

arriba, pero sabía, como ya lo sabían todos, que el mundo no terminaba en el pozo.

-Es gorda, patosa y fea -decían las verdes ranillas de la señora sapa-. Sus hijos serán tan feos como ella.

-A lo mejor -dijo la madre sapo-, pero uno de ellos tendrá en la cabeza una piedra preciosa, a no ser que la tenga yo misma ya.

Las verdes ranas todo eran ojos y oídos, y como aquello no les gustaba, desaparecieron en las honduras con muchas muecas. En cuanto a los sapos hijos, de puro orgullo estiraron las patas traseras; cada uno creía tener la piedra preciosa, y por eso mantenían la cabeza quieta.

Finalmente, uno de ellos preguntó qué había de aquella piedra preciosa de la que estaban tan orgullosos.

-Es algo tan magnífico y valioso -dijo la madre-, que no sabría describíroslo. El que la luce experimenta un gran placer, y es la envidia de todos los demás. Pero no me preguntéis, porque no os responderé.

-Bueno, pues lo que es yo, no tengo la piedra preciosa -dijo el más pequeño de los sapos, el cual era tan feo como solo un sapo puede ser-. ¿A santo de qué habría de tener yo una cosa tan preciosa? Además, si causa enfado a los otros, no puede alegrarme a mí. Lo único que deseo es poder subir un día al borde del pozo y echar una ojeada al exterior. Debe ser hermosísimo.

-Mejor será que te quedes donde estás -respondió la vieja-. Aquí los conoces a todos y sabes lo que tienes. De una sola cosa has de guardarte: del cubo. Nunca te metas en él, que a lo mejor te caes.

Al día siguiente fue elevado el cubo lleno de agua, y casualmente se paró frente al sapo. El animalito saltó al recipiente y se sumergió hasta el fondo. El cubo llegó arriba, y fue vertida el agua y el sapo.

-¡Diablos! -exclamó el mozo al descubrirlo-. ¡Qué bicho tan feo!<

Y lanzó violentamente el zueco contra el sapo, que habría muerto aplastado si no se hubiese dado maña para escapar, ocultándose entre unas ortigas. Formaban éstas una espesa enramada, pero al mirar a lo alto se dio cuenta de que el sol brillaba en las hojas y las volvía transparentes. El sapo experimentó una sensación comparable a la que sentimos nosotros al entrar en un gran bosque.

-Esto es mucho más hermoso que el fondo del pozo-dijo el sapito-. Ya que he llegado hasta aquí, es cosa de ver si voy más lejos.

Y salió a la carretera, donde lo inundó el sol y lo cubrió el polvo al atravesarla.

-Esto sí es estar en seco -dijo el sapo-. Casi diría que lo es demasiado.

Llegó a la cuneta, donde crecían muchas plantas. También revoloteaba una mariposa.

-¡Quién pudiera volar tan rápidamente como ella! -pensó el sapo.

Permaneció en la cuneta varios días con sus noches; la comida era buena y abundante. Pero necesitaba compañía.

-Sigamos adelante, a ver si damos con ranas y con un sapito. La Naturaleza sola acaba aburriéndome.

Y con este pensamiento continuó su peregrinación. Llegó a una charca muy grande y se dio un paseo por ella. Allí las ranas le dieron la bienvenida.

-Seguiré adelante -dijo el sapito; lo dominaba el afán de descubrir cosas cada vez mejores.

Vio centellear las estrellas, vio brillar la Luna y salir el Sol, y remontarse en el cielo.

-Por lo visto, sigo estando en un pozo, sólo que mucho mayor. Me gustaría subir más arriba.

Y cuando la Luna brilló llena y redonda, el pobre animal pensó: «¿Será acaso el cubo? Si lo bajaran podría saltar en él para, seguir remontándome. ¿O tal vez es el Sol el gran cubo? ¡Qué enorme y brillante! Todos cabríamos en él. Sólo es cuestión de aguardar la oportunidad. ¡Oh, qué claridad se hace en mi cabeza! No creo que pueda brillar más la piedra preciosa. Pero no la tengo y no lloraré por eso. Quiero seguir subiendo, hacia el esplendor y la alegría. ¡Qué verdor y qué hermosura!

Y levantó la mirada hasta donde podía alcanzar. La cigüeña estaba en su nido, en el tejado de la casa de campo.

-¡Qué altos viven! -pensó el sapo-. ¡Quién pudiera llegar hasta allá.

En la granja vivían dos jóvenes estudiantes, uno de ellos poeta, el otro naturalista. Uno y otro eran hombres buenos y piadosos.

-Ahí tenemos un bonito ejemplar de sapo -dijo el naturalista. Voy a ponerlo en alcohol.

-Si pudiésemos dar con la piedra preciosa en su cabeza -observó el poeta-, también yo sería del parecer de abrirlo.

-¡Una piedra preciosa! -replicó el sabio-. Parece que sabes muy poco de Historia Natural.

-Pues yo encuentro un bello y profundo sentido en la creencia popular de que el sapo, el más feo de todos los animales, a menudo encierra un valiosísimo diamante en la cabeza.

Los dos amigos siguieron su paseo, y él se libró de ir a parar a un frasco con alcohol.

-Hablaban también de la piedra preciosa -pensó el sapo-. ¡Qué suerte que no la tenga!

Se oyó un castañeteo en el tejado de la granja. Era el padre cigüeña que dirigía un discurso a su familia.

-El hombre es la más presuntuosa de las criaturas -decía la cigüeña-. Fijaos cómo mueve la boca. Una sola jornada de viaje y ya no se entienden entre sí. Nosotros, con nuestra lengua, nos entendemos en todo el mundo.

-Prudente discurso -pensó el sapito-. Es un gran personaje, y está tan alto como no había visto aún a nadie.

Y madre cigüeña se puso a contar en el nido, hablando de Egipto. Al sapito le pareció todo aquello nuevo y maravilloso.

-Tendré que ir a Egipto -dijo para sí-. Si quisieran llevarme con ellos la cigüeña o uno de sus pequeños... Este anhelo, este afán que siento, valen mucho más que tener en la cabeza una piedra preciosa.

Y justamente era aquélla la piedra preciosa: aquel eterno afán y anhelo de elevarse, de subir más y más. En su cabeza brillaba una mágica lucecita. De repente se presentó la cigüeña. Había descubierto el sapo en la hierba, bajó

volando y cogió al animalito sin muchos miramientos. El pico apretaba, el viento silbaba; no era nada agradable, pero subía arriba, hacia Egipto; de ello estaba seguro el sapo; por eso le brillaban los ojos, como si despidiesen chispas.

El cuerpo había muerto, había muerto el sapo. Pero, ¿y aquella chispa de sus ojos, dónde estaba? Se la llevó el rayo de sol, se llevó la piedra preciosa de la cabeza del sapo. ¿Adónde?

Búscala en el Sol. Vela si puedes. El resplandor es demasiado vivo. Nuestros ojos no tienen aún la fuerza necesaria para mirar la magnificencia que Dios ha creado, pero un día la tendrá, y aquél será el más bello de los cuentos, pues nosotros figuraremos en él.

Fin

